

No perdimos la esperanza (Recuerdos desde la UMER)

Subvencionado por:



Madrid, 2008

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: M-xxxxxxx-2008

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

A Palmira y Victoria

Evidentemente la historia la hacemos entre todos y es una historia colectiva, pero existen personas que, en un determinado momento, por las razones que sean, tienen capacidad para movilizar a la gente de su entorno.

María Antonia Iglesias
Maestros de la República

NO PERDIMOS LA ESPERANZA (Recuerdos desde la UMER)

Introducción

Para conmemorar los quince años de actividad y los cincuenta números de la colección *Cuadernos de la UMER* hemos considerado apropiado que los asociados fueran los sujetos activos de la elaboración del Cuaderno, cumpliendo así con la intención de *experiencia recíproca* que refleja el nombre de nuestra Universidad.

A continuación se exponen sus recuerdos, sus inquietudes, sus vivencias, sus nostalgias, sus alegrías y sus penas acumuladas en un largo y provechoso camino.

El bello Danubio azul

Nací en Maliaño de Camargo, pueblo muy cercano a Santander, en la primavera de 1921. Mis padres, José y Casilda, castellanos de Burgos, eran maestros, y Maliaño fue el primer pueblo donde ejerció mi padre en propiedad. Allí llegaron recién casados. También les acompañaba mi abuela materna, Victoria.

La escuela era graduada con tres maestros; sin embargo, la de niñas, unitaria con una sola maestra, era húmeda, con malas condiciones de higiene y tenía además el inconveniente de estar alejada de donde vivíamos.

No recuerdo cómo transcurrió mi primera infancia, pero sí que a menudo me acataba, complicándose a veces los catarros con verdaderas bronquitis que mi madre curaba, por orden facultativa, con cataplasmas de harina de mostaza a las que yo temía más que al diablo. Con el tiempo, y generalmente en verano, las bronquitis se agravaron y llegué a tener problemas asmáticos.

Posiblemente por eso mis padres no me escolarizaron. Entre ellos dos y mi abuela me enseñaron los conocimientos necesarios para que a los diez años pudiese comenzar el Bachillerato.

En ese periodo eché de menos el contacto con otros niños. Aunque tenía varias amigas no siempre estaban dispuestas a venir a jugar conmigo a casa al salir de clase, y con mis padres no tenía ocasión de salir de paseo más que los jueves por la tarde (que entonces no había clases) y los domingos.

La música solucionó mi problema. Cerca de casa habitaba una familia adinerada cuya única hija había estudiado la carrera de piano en el Conservatorio de Bilbao. Mi madre mantenía cierta relación con ella y, como siempre anheló ampliar sus escasos conocimientos en la materia, decidió que su hija adquiriese los que ella no pudo conseguir.

Debía tener yo 5 ó 6 años cuando empecé a recibir mis primeras lecciones. Tanto mi padre (con muy mal oído) como mi abuela (que cantaba admirablemente) acogieron con agrado esta decisión.

Me compraron mi primer libro de Teoría, así como el de Solfeo, y comencé mis clases con verdadera ilusión. No sé si lo que me atraía más era la música o la libertad de poder ir casi todos los días sola, con mi carpeta bajo el brazo, para aprenderla.

Mi profesora era joven y muy cariñosa, también el resto de la familia, y en su casa me encontraba muy a gusto.

Pasé casi un año aprendiendo Teoría y Solfeo sin tener derecho a sentarme al piano. Mas cuando por fin me creyó Pilarín, mi profesora, capaz de acariciar las teclas mi felici-

dad fue completa. No solamente me desplazaba a su casa para recibir la lección, sino que, como yo no tenía piano, volvía todos los días para estudiarla.

Así llegaron los progresos. Escalas, arpeggios, ejercicios múltiples y, de vez en cuando, alguna pieza facilita. *Perros y gatos*, un vals, fue la primera que aprendí.

Aún vivíamos en Maliaño cuando ingresé en el Instituto así que durante el primer curso hube de desplazarme en tren para asistir a las clases. Ya no tuve tanto tiempo para dedicarme a la música. Afortunadamente, mis padres –supongo que haciendo un gran sacrificio– compraron a Pilarín su viejo piano cuando ella adquirió uno nuevo.

Al año siguiente mi padre fue nombrado maestro del Grupo Escolar Ramón Pelayo en Santander y nos trasladamos a la capital. Mi nivel musical se encontraba a la altura de 5º curso, aún me faltaban dos años para terminar la carrera de Piano y el tener que alejarme de Maliaño, donde se quedaba Pilarín, me contrariaba enormemente.

Cúal no sería mi sorpresa al anunciarme que, con mucho agrado, sería ella quien se desplazaría a Santander una vez por semana para seguir enseñándome. Como yo ya tenía piano, el problema quedó resuelto, aunque al tener que dedicar más tiempo a mis estudios en el Instituto la música padecía un poco. A pesar de todo, y como cada vez disfrutaba más ampliando mis conocimientos musicales, era para mí un recreo poder interpretar pequeñas sonatas, preludios, danzas o minuetos de autores clásicos.

Un día mi profesora me regaló la partitura de *El bello Danubio azul* de Strauss.

A mis quince años, cuando las chicas empezamos a ponernos románticas, aquella música me ilusionó tanto que tomé con más ahínco aún el estudio de su interpretación.

Conseguí tocarlo -entonces yo creía que a la perfección, ahora tengo mis dudas- así que un domingo propuse a mis padres tocarlo para ellos. Los dos, sentados en la cama turca que había en el cuarto del piano, escucharon embelesados los acordes armoniosos que ejecutaba su hija. Mi madre, que ya me había oído estudiarlo, no se emocionó mucho, pero mi padre me abrazó tan tiernamente, y conmovido de tal manera, que siempre recuerdo aquella demostración de cariño que me proporcionó.

Desgraciadamente ya no pudo repetirse tan grata escena. La maldita guerra civil que se llevó a mi padre también me impidió seguir los estudios recreativos. Aquella hermosa tarde fue la única vez que mi padre disfrutó de los conocimientos artísticos de su hija.

No es extraño que, a mis ochenta y muchos años, cada vez que escucho el concierto de primero de año, que finaliza con *El bello Danubio azul*, termine llorando recordando a mi padre que tanto disfrutó escuchando a su *Nenita* esa interpretación.

Victoria Gómez

La tía Urbana

En el pueblo de Carrascal del Río, de la provincia de Segovia, el día 15 de abril de 1931 tenía yo cinco años de edad. Como se puede comprender mis inquietudes políticas eran nulas y mis preferencias eran la recogida de hormigas, arañas y otros insectos autóctonos de los cuales estaban bien dotadas las eras de los alrededores.

Estaba yo aquel día en la llamada *era de abajo*, frente a nuestra casa, recogiendo la cosecha de bichitos y viendo, a intervalos, corretear y pastar a un rebaño de ovejas churras y merinas con algún corderillo y un gran carnero de grandes cuernos retorcidos. Un joven pastor sentado en la hierba, recostado sobre su zurrón, hacía caricias a su perro, no muy grande, pardo, de cabeza alargada, que parecía un galgo pero que no lo era.

Andaba distraído yo con mi recolección cuando, de la parte de la plaza Mayor, se oyeron voces que, a medida que se acercaban hacia donde pastaban las ovejas, hicieron moverse a las más impacientes para proteger a sus crías. Presté atención a los gritos, que cada vez eran más claros, y vi que procedían de una mujer, ya anciana: era la tía Urbana, pobre oficial del pueblo, casada (o ajuntada) con el tío Pingaleto, un viejo ciego de muy mal genio y peor hablar al que yo tenía mucho miedo porque un día había descalabrado con un hacha a la tía Urbana, que tardó varios meses en curar.

Ésta, que se acercaba hasta la puerta del corral de mi casa, seguía gritando: *¡Doña Felisa! ¡Doña Felisa! ¡Ay, que desgracia tan grande! ¡Dice el señor cura que ha venido la República y ahora nos van a matar a todos!*

Mi madre, esposa del Maestro Nacional de Carrascal del Río, don Norberto, en vez de creerse ese vaticinio de la tía Urbana (o del señor cura), se metió en casa para preparar unos huevos de gallina recién puestos y un trozo de tocino y otro de chorizo de la matanza del mes de febrero anterior. Cuando terminó, entregó todo a la tía Urbana que se fue tan contenta, sin acordarse de la tragedia que unos minutos antes anunciaba a grito pelado.

Leopoldo Cerezo

Mirando al mar

Yo era una niña feliz hasta que empezó la guerra. Vivimos tres años sitiados, comiendo a salto de mata de las sobras del rancho que nos daban en los cuarteles y de lo que mi padre canjeaba con los agricultores de San Fernando de Henares a cambio de nuestras pertenencias. Mi padre regresaba a Madrid andando a través de los campos para evitar los controles que había en todas las entradas a Madrid.

Al terminar la guerra estábamos famélicos. Unos buenos amigos, la familia del director de un preventivo infantil en Aguas de Busot me llevó, para que me repusiera, a una casa que tenían a la orilla del mar.

Yo no conocía el mar y estaba como loca. Aquello era una maravilla y además comía en abundancia. Pero sólo duró una semana. Vino la depuración. Aquel buen hombre se encontró de patitas en la calle y tenía que atender a una prole de ocho hijos y yo nueve. El único dinero que había era el que yo llevaba para el tren de vuelta, muy pocas pesetas. Yo me sentía incapaz de escribir a mi familia para contarles la situación en que estábamos, así que tuvimos que sobrevivir casi tres semanas del fruto de los almendros.

Cuando subí al tren de regreso y comenzaron los compañeros de tren a sacar tortillas empezó el calvario de mi dura realidad.

Esta fue mi primera experiencia con el mar. La verdad es que no fue muy grata.

María del Pilar Fuertes

Rosales en la memoria

Viví mi infancia en Madrid pero tuve que abandonarlo al comenzar mi adolescencia a causa de la Guerra Civil del 36. Mis recuerdos son infantiles, tan ingenuos como confesar aquí que me gustaban mucho unos caramelos cuadrados llamados *adoquines*, de azúcar sin mezclas, metidos en medio limón. De pura miel parecían. Una *pipera* de Rosales nos los vendía baratísimos. Al final del curso ya hacía mucho calor en Madrid y este combinado agridulce nos parecía delicioso y refrescante.

El parque de Rosales pertenecía a nuestro barrio de Argüelles y era un lugar ideal para ensayar durante el curso, a ratos, la soñada libertad de las vacaciones. Los jueves por la tarde no había colegio y, excepto cuando nos llevaban al centro de Madrid para comprarnos zapatos, recorríamos a saltos sus senderos de arena fina y sus alrededores más toscos. Laderas abajo, Rosales perdía su carácter de *paseo señor* y su vegetación cuidada y ofrecía calvas desérticas con latas vacías y otras basuras. En uno de esos descampados se celebraba una lotería clandestina seguida por gentes desocupadas muy atentas a los números que un lotero medio gitano extraía de un bombo cochambroso y proclamaba a voces.

Los de mi pandilla, hartos del soniquete del gitano lotero, nos atrevimos en alguna ocasión a ir más allá, hasta una barrera de paso a nivel que se izaba cuando pasaban los trenes que iban o venían de la cercana Estación del Norte. La barrera se bajaba delante de nosotros y nos impedía el paso. ¡Qué rabia! Pero si el tren era largo, de viajeros asomados a las ventanillas, les dedicábamos adioses entusiastas porque éramos lectores de Julio Verne y todo viaje, hasta el más vulgar, nos atraía.

Nuestras casas estaban cerca del parque de Rosales y, al final de nuestras *excursiones*, silenciadas para la familia, nos repartíamos entre las calles de Argüelles. Habitábamos casas modestas, ya con años y años encima, algunas de dos escaleras: una para los pisos exteriores y otra para los que no teníamos balcón a la calle, sólo ventanas a un patio. Con pocos metros cuadrados disponibles, hacíamos los deberes del colegio sobre la mesa del comedor y llenábamos sus sillas de libros y tebeos. Tenía nuestra casa dos dormitorios, el comedor, la cocina y un retrete pequeño, sin baño ni ducha, pero nos bañábamos, generalmente los domingos, en un barreño de zinc. La familia se reunía puntualmente para el almuerzo: cocido madrileño con buena sopa de fideos, garbanzos con repollo y carne recocida con salsa de tomate casi todos los días, menos el domingo que había paella.

Como en el verano solía apretar el calor, la gente de mi barrio salía de casa después de cenar para tomar el fresco. En el centro del paseo de Rosales había un kiosco donde tocaba la Banda Municipal los jueves y domingos por la noche dirigida por el Maestro Villa. Mis padres no faltaban a ningún concierto y nos llevaban con ellos pero como no resistíamos estar sentados y en silencio nos separábamos con su permiso para jugar, entre tinieblas, a *policías y ladrones*, escondiéndonos entre los árboles, los arbustos y las mesas y sillas de algún puesto de refrescos, cuyo camarero furioso nos *capturó* y zarandeó más de una vez, sin ser policía, por tirarle la bandeja en un encontronazo frontal.

La rueda de la barquillera giraba y giraba por pocas monedas hasta pararse en un número incierto que indicaba los barquillos conseguidos en cada jugada. Entonces, el barquillero habría la tapa de la barquillera y empalmaba los barquillos, uno sobre otro, en una especie de mástil sin bandera que exhibíamos triunfantes los golosos. Eran altos aquellos mástiles y, a veces, se caían sobre la arena de Rosales algunos barquillos mientras corríamos.

Un nefasto día de julio de 1936, mientras veíamos girar la rueda de la barquillera, oímos los primeros disparos de la Guerra Civil que nos llegaban desde el cercano Cuartel de la Montaña. Nos vinieron a buscar enseguida y nos encerraron en casa durante varios días. En cambio, nos despertaban a media noche para bajar a un refugio porque habían comenzado unos bombardeos que querían destruir el barrio con nosotros dentro. Habíamos perdido el sol, la libertad y los barquillos, pero teníamos que conservar la vida, decían los mayores...

Pronto, los de mi pandilla salieron del barrio y de Madrid, muy deprisa, casi sin despedirse de nadie, llevando maletas y envoltorios con lo más imprescindible. Otros seguimos bajando al odiado refugio. Pero es el frío y el sueño interrumpido, más que el miedo, lo que se sigue destacando en mi memoria de aquellas noches. Mi supuesto valor creo que emanaba de las resmas de papel amontonadas allí, un sótano de imprenta, que tanto amortiguaban las explosiones de fuera. Meses después, ya en un pueblo valenciano, volvimos a ocupar durante unas horas otro refugio parecido, éste *amurallado* de trapos viejos muy prensados. El que parecía su *inventor-arquitecto* no dejaba de alabar su obra. Para

tranquilizarnos decía que la metralla sólo podría acariciar aquellos colchones traperos, sin penetrar ni rebotar sobre ellos. Nada dijo sobre el techo de Uralita, sin otra protección. Afortunadamente, después de la primera alarma, ya no volvieron los *Junkers* de Mallorca y todos salimos ilesos del refugio.

Después de casi tres años de guerra volvimos a Madrid y corrimos al barrio de Argüelles para no reconocerlo apenas. Muchas de sus casas, incluida la nuestra, eran esqueletos fantasmales, ennegrecidos por el fuego. Unas pocas ventanas, sin cristales ni marcos, sin vida detrás, simbolizaban la ceguera más trágica, cuencas sin ojos que no podían vernos. Siempre ingenuos *excursionistas* llegamos a nuestro Rosales, que estaba también vacío, tronchados sus árboles, sucia aquella arena como la canela del arroz con leche que habíamos conocido...

Ahora, ya viejos, sabemos que todas las derrotas, las bélicas, las sociales y algunas personales por otras causas, las sufren siempre y con mayor intensidad los más débiles del mundo. El papel y los trapos de unos refugios antiaéreos, y la fragilidad de los barquillos rotos sobre la arena de Rosales, ilustran todavía nuestras reflexiones.

María Aguado

Infancia en guerra

Estando en Valencia en trágicas circunstancias en el malhadado 1936, a mis casi cumplidos 6 años, decidió mi madre que nos trasladásemos a Madrid. Nos alojamos en la pensión Medina, frente a la iglesia de San Sebastián, en la calle de Atocha. Ya entrada la noche sonaron las sirenas y bajamos a los sótanos de la casa para guarecernos. Poco después sonó un gran estallido y se apagaron las luces. Cuando al fin cesó el griterío y vencimos el miedo, salimos a la calle y comprobamos que una bomba había caído sobre la iglesia y se estaba quemando. Mi pobre madre aseguraba que había trozos de santos en nuestra habitación. El resto del día lo pasé viendo a los bomberos derribar con las mangueras los restos de muros a punto de caer y la calle de Atocha cortada por los escombros acumulados en ella.

En vista de aquello, coincidiendo con que de la cercana plaza del Ángel salían camiones con los vecinos que se apuntaban para ser evacuados a otras provincias consideradas más seguras, mi madre se decidió por la evacuación y nos llevaron a Huete (Cuenca). A los evacuados se les alojaba generalmente con las familias más adineradas, las cuales estaban obligadas a mantenerlos, pero a nosotros nos mandaron a la casa del taxista del pueblo, quizás en represalia por tener el taxi desguazado para evitar que se lo requisaran.

Había en Huete varios conventos que se habían convertido en hospitales. Lo más impactante era ver llegar a las ambulancias después de una batalla con heridos sangrando y

escuchar sus lamentos. Un día nos aterró una aurora boreal. Los más “enterados” decían que estaba ardiendo Madrid.

Cansada mi madre de Huete nos trasladamos a Casasimarro donde permanecemos hasta el final de la guerra. Recuerdo que como los billetes emitidos por el gobierno de la República perdieron su valor los mozos los arrojaban por las calles entre un gran jolgorio.

La vuelta a Madrid la hicimos en un tren de mercancías cruzando muchas zonas de trincheras. El viaje desde La Roda (Albacete) duró tres días. Cocinábamos la comida donde buenamente paraba el tren; cada uno aportaba lo que podía.

Ahora pienso en las angustias y penalidades que debieron pasar nuestros padres tras tres años de guerra y una perspectiva de futuro nada halagüeña.

Francisco Soler

Educación en la posguerra

Nací en Cartagena el 29 de agosto de 1927, es decir, hace la friolera de 80 años. Hija y nieta de tenderos, sin relación apenas con los círculos de militares. Y recuerdo perfectamente, quizás porque me quedaron grabados a fuego, nunca mejor dicho, los acontecimientos de esa época, probablemente porque fueron totalmente diferentes unos de otros.

Viví hasta 1936 en Cartagena en un ambiente poco castellano y centralizado: plaza militar de los tres ejércitos con un importante trasiego de militares y de sus familias. La relación natural de los cartageneros es con el mar y, en la Península, con Valencia y Cataluña, regiones con las que, a pesar de tener idiomas diferentes, nos hemos entendido sin problemas, quizá por estar acostumbrados a las gentes de los barcos, de todos los pueblos y naciones, que nos visitaban por razones comerciales o militares.

Yo fui a una escuela estatal, que era muy buena. A mis 8 años comenzó la sublevación armada. Por ser Cartagena plaza militar, la conmoción me imaginó que debió ser enorme, máxime por estar la escuadra anclada en el puerto. Yo nada de eso entendí.

Quedamos pues en la *zona roja*, enemiga de los rebeldes. Por lo cual, desde los primeros días de la contienda empezó a bombardearnos diariamente la aviación alemana, que aprovechó para entrenarse *in vivo* para su próxima guerra. Bombardeaban el puerto y, de paso, la ciudad. Una bomba incendiaria arrasó la catedral vieja (posiblemente románica). Recuerdo el espanto de los cartageneros cuando las tripulaciones de los barcos atracados en el puerto que eran *de afuera* arrasaron las iglesias, arrastrando por las calles imágenes y objetos de culto.

Cartagena, tradicionalmente muy amante de las procesiones de Semana Santa, atesoraba en las iglesias muchos pasos con imágenes, entre otros, de Salzillo, el escultor murciano. Las destrozaron. Yo oí contar que la marinería ató y arrojó al mar a sus oficiales, de modo que luego no supieron cómo sacar a la escuadra del puerto y permaneció allí hasta el final de la contienda. También oía sobre los *paseos* que daban a los *fascistas* y de las checas en las que encerraban a quienes les parecía bien.

Terminada la guerra, mi padre volvió del frente incólume. A los pocos meses regresamos a nuestra casa de Cartagena que, en nuestra ausencia, había estado ocupada por refugiados toledanos que debían estar peor que nosotros. Me impresionó el ambiente de silencio triste que envolvía la ciudad. Nadie hablaba de nada, como si nada hubiera pasado.

Vivíamos al día: cartillas de racionamiento para los escasos víveres y el pan. Florecía el estraperlo. Mi padre, que por su trabajo estaba en óptimas condiciones para practicarlo, no lo hizo. Se arruinó. Hambre, comida *de lo que había*. Para nosotros, peor, mucho peor que en la guerra.

Yo oía a los mayores susurrar: *hoy ha habido tantos fusilamientos en el Arsenal*. Se decía que había soldados de los piquetes de ejecución que se desmayaban. Pocas familias escaparon de las ejecuciones o las represalias. En la mía, de una clase social al margen de los militares, a un tío, marino de mando medio, le encerraron en el penal militar durante años por el delito de *no haberse pasado*. Perdió la carrera pero escapó por los pelos del fusilamiento. Oí decir que debido a protestas internacionales. A una tía, maestra de un pueblecito, la *depuraron* y tuvo que volver a empezar, viuda de guerra y con una niña pequeña.

La tuberculosis estaba a la orden del día. Yo misma, a los 14, pude curarla con cuatro meses de cama e inyecciones de calcio y *cucharadas de aceite de hígado de Halibut* (¡que aún recuerdo!) que era lo que había. De la penicilina o la estreptomycinina ni se había oído hablar, aunque ya se utilizaban en Europa.

En 1939, a los doce años recién cumplidos hice el imprescindible examen de ingreso al Bachillerato, lo pasé y me matriculé en el Instituto Estatal de Enseñanza. Como era el único instituto teníamos un régimen de co-educación. Las chicas éramos 6 ó 7 pero las clases estaban repletas de alumnos pues muchos llevaban tres años de retraso. La alternativa eran los colegios de monjas. Cursé en el instituto los siete años de Bachillerato.

En general, con la salvedad de los idiomas, no me puedo quejar: teníamos buenos textos que los profesores se esforzaban en enseñar. A veces, en algún curso, alguna asignatura se quedó en blanco por falta de profesor. Los programas eran de Ciencias y Letras. La Religión era obligatoria durante los siete cursos y se contabilizaba en la nota final. Los idiomas flojeaban muchísimo: en los cuatro primeros cursos había que escoger entre francés e italiano (todos hicimos francés); en los tres siguientes, los que habíamos elegi-

do francés pasamos obligatoriamente al alemán (que nadie sabía dar), los de italiano, al inglés.

Nos hicimos todos de Falange (te apuntaban al hacer la matrícula). Las chicas, de la Sección Femenina, donde nos daban clases de Historia del Movimiento Nacional, Religión y costura, que nos servirían para el Servicio Social Obligatorio de seis meses y que arrastramos hasta la Universidad. Lo completamos en campamentos femeninos de 21 días de duración.

Al aprobar el séptimo curso era obligatorio pasar el Examen de Estado si deseábamos obtener el título de Bachiller Superior. Se hacía en Murcia, en la Universidad, y constaba de dos partes: un examen escrito (problemas de Física o Matemáticas, traducción de Latín y redacción de un tema general) y otro oral en el que un catedrático de la Universidad, subido en una sobrecogedora tarima, nos preguntaba sobre los programas de los cursos dados.

Por esa época, 1945, salió una ley autorizando a los bachilleres que deseaban optar al título de Maestro de Primera Enseñanza a presentarse en la Escuela Normal de Murcia -en mi caso- donde se les convalidaban las asignaturas comunes con la carrera, excepto dos cursos de Solfeo y tres de Religión. Además de un examen de prácticas para todos. Para las chicas, Economía Doméstica y tres cursos de labores (costura, bordados, encajes, y corte y confección) todo hecho a la perfección. Hay que tener en cuenta que lo que una maestra debía enseñar *de verdad* a sus alumnas era a coser. Los chicos tenían trabajos manuales.

Con el título, y previo un mes de adoctrinamiento que la Sección Femenina te daba en Murcia, se podía opositar a Maestra Nacional y obtener plaza. Yo hice todo menos la oposición. Mis padres, con muchísimo esfuerzo, me mandaron a la Universidad.

Hago constar que jamás, ni en la escuela, ni en el instituto, ni en la universidad, he sido discriminada por parte de profesores o compañeros por el hecho de ser mujer: era un alumno más. Excepto que a la hora de escoger una carrera no podíamos matricularnos en Escuelas Técnicas, ya fueran Medias o Superiores.

Francisca Meroño

La inauguración

Yo nací en San Lorenzo del Escorial y estuve allí hasta casi los once años, así que tengo muchos recuerdos de mi primera infancia. Me acuerdo de que el Ayuntamiento inauguró una fuente (que creo que existirá todavía): la fuente de *La Teja*. Se llama así porque el caño por donde vierte el agua es una teja. Fuimos los niños de los colegios a la inauguración y nos dieron una banderita a las niñas. Además de la banderita nos pusieron unos lazos de papel muy grandes con los colores de la bandera republicana. Hasta aquí todo fue bien...

Pero empezó a llover y aquello fue *la monda* pues el papel empezó a desteñirse y acabamos todas siendo una bandera republicana de los pies a la cabeza puesto que los uniformes que llevábamos eran blancos.

Felicitas de las Heras

Penurias de la posguerra

Cuando en 1939 acabó la Guerra Civil yo era una niña de 7 años, la menor de siete hermanos. Fui una niña del comedor de Auxilio Social, es más, una niña que con una cazuelita en la mano acudía a la puerta de un cuartel militar para que un soldado me pusiera unos cazos del rancho que había sobrado pero que ayudarían a que pudiera comer mi familia. Y más todavía: fui una niña que, con un botecito en la mano, iba por los parques recogiendo colillas para que mi padre pudiera fumar un cigarrillo.

Mi padre fue veterinario; mi padre fue socialista, y mi padre fue responsable de una Casa del Pueblo en la provincia de Albacete. Al terminar la guerra le quitaron su plaza titular de Inspector Veterinario, perdió su trabajo, nos echaron de casa y, ese preciso día, murió mi madre.

La salvación de la familia -éramos siete hermanos, el mayor había estado en la guerra y no sabíamos nada de él- llegó por medio de *Las conferencias de San Vicente de Paúl*. Nos buscaron casa, nos pagaban el alquiler y también nos pagaban el pan de toda la semana. Miembros de *Las conferencias* venían con frecuencia a casa y ofrecían a mi padre compañía y conversación. Sin embargo, la compañía eléctrica llegó a cortarnos la luz por no poder pagarla. Poco tiempo después volvió mi hermano mayor, pero enfermo de tuberculosis.

Nuestras penurias duraron siete años, al cabo de los cuales devolvieron a mi padre, aunque en régimen de interino, la plaza de veterinario en Lietor, el pueblo más lejano y apartado de la sierra de Alcaraz, pero el más bonito de la provincia. Nueva y mejor vida para todos pese a que mi padre percibía sólo medio sueldo porque estaba en proceso de depuración política. Pero podíamos comer y, sobre todo, cuidar al hermano tuberculoso.

Pasados unos años juzgaron a mi padre. Fue declarado inocente, le dieron la plaza en propiedad y le devolvieron el medio sueldo que le habían retenido durante los años de depuración. Murió mi hermano mayor a pesar de todos los cuidados que pudimos darle. Y a los pocos años murió también mi padre, pero tranquilo.

De todas formas, pese a todo, fui una niña si no muy feliz sí muy querida por toda la familia, y por ello mis recuerdos no son amargos. La difícil situación de mi niñez no me marcó negativamente. Pero si que pude observar que mis hermanos, todos mayores que

yo, vivieron aquellos años con amargura. Decían que les habían robado el derecho a una adolescencia y juventud felices.

Pilar Ortega

La BH

Estabas allí guardada, totalmente olvidada, en un cuarto lleno de otras mejores que tu, pero también ocultas y en el olvido.

La sociedad de consumo puede con todo; las cosas viejas ya no sirven para nada, esas son las primeras en ir desapareciendo porque cuesta más perder el tiempo en arreglarlas que comprar otras de plástico que duren dos días, dos horas y se pueden reponer...

Ha sido un proceso muy triste, muy triste. He vuelto a la infancia, cuando todos los años escribía a los Reyes Magos pidiendo una bicicleta. Me respondían siempre lo mismo en una carta escrita a máquina: *Este año ha sido imposible, los Reyes Magos no han podido traerla, otro año será.*

La bicicleta pertenecía a mi hija Silvia, fue un regalo para su comunión. Casi veinte años guardada en el cuarto de las bicicletas. Hacen un saqueo, las colocan en un patio interior y las van a mandar al desguace si nadie las quiere.

Las hay mejores que tú, ya lo creo... pero este recuerdo de la postguerra, de tanta pobreza, me ha llevado a buscarte e intentar sanarte. No sé si luego seré capaz de ir al Retiro contigo.

Mi nieto de once años pide una bicicleta con todos sus adelantos, super moderna, super *fashion*, como dicen ahora los jóvenes. No creo que la tuya, querido Mateo, haga buenas migas con la vieja BH, pero sí quiero que, por lo menos tú, las hagas con tu abuela.

Manuela Gómez

La bolsa de hule

Como mi padre era guardia civil yo vivía en un cuartel con otras trece familias en El Escorial. Entonces había una comadrona que se llamaba doña Paula. Era una señora muy alta, peinada con un moño en lo alto de la cabeza. Doña Paula llevaba siempre una bolsa de hule de las de entonces, bastante grande, en la que ahora pienso yo que llevaría lo necesario para atender un parto, pero que los chicos pensábamos que lo que llevaba en la bolsa era un niño que luego dejaba en alguna casa. Cuando la veíamos venir ya estábamos pendientes y nos decíamos: *Ha venido doña Paula ¿dónde dejará el niño?...* Y al marcharse comentábamos: *Lo ha dejado en tal casa... Jo, con los que ya tienen, lo podía haber dejado*

en otra casa que sólo tienen uno y les haría más falta. Lo cierto era que cuando venía doña Paula se marchaba dejando siempre un niño pequeño en alguna casa.

Felicitas de las Heras

Escasez y tristeza

Yo nací en 1935, el 15 de junio. Por lo que oí decir a mamá fui una niña preciosa. Pesé 3 kilos y 700 gramos. Antes que yo había nacido mi hermana Aurelia y después vino mi hermano Julio. La última fui yo.

Mi madre contaba que todo nos iba bien hasta que la guerra civil nos cambió la vida. Mi padre era republicano y tuvo que exiliarse: primero, a Portugal, después a Francia. ¿Y cómo fue la vida para mi familia? Terrorífica, según recordaba mi madre. La policía estaba siempre preguntándola. Hasta que, por fin, pasó la pesadilla y nos fuimos a vivir con mi abuela paterna, Josefa.

Nuestra vida cambió: teníamos una casa preciosa. Lo que más recuerdo es que el retrete estaba fuera, en el corral, donde también había una pila para lavar la ropa en verano. Esto era muy importante porque, para sobrevivir, lavábamos la ropa a los militares con el jabón que preparaba en casa mi abuela Pepa. No es fácil para dos niñas pequeñas, de ocho y siete años, lavar ropa mientras nuestra madre se iba a Portugal y la abuela estaba sirviendo en una pensión. No me avergüenza decir lo contentas que nos poníamos cuando regresaba mi abuela de la pensión con las sobras que habían dejado los huéspedes: ese día comíamos, fuera lo que fuera. Todo nos lo repartíamos.

Como mi hermano varón tenía que labrarse su futuro, él iba al colegio y nosotras dos a trabajar. Esa desigualdad me irritaba y un día se la planteé a mi madre. Me contestó: *tu hermano tiene que ir al colegio para que cuando llegue a mayor no sea analfabeto.* Entonces saqué los pies del cesto, como dicen en mi tierra, y me hice bastante rebelde. Fue como si me hubieran cambiado la cabeza: cuando mi madre nos decía que teníamos que lavar la ropa de los soldados, me rebelaba. Porque yo me daba cuenta de la diferencia que había entre mi hermano y nosotras dos. Sobre todo con la comida: primero servía mi madre a mi hermano y luego a nosotras.

Unas Navidades me entristecí. Hasta entonces no me había dado cuenta de esas fiestas porque en Badajoz no se iluminaban las calles ni los comercios. Pero ese día, caída la tarde, yendo en busca de mi abuela Pepa descubrí que los almacenes de *Las Tres Campanas* estaban iluminados. Me pegué a un escaparate y me di cuenta de los juguetes que allí había. No sé cuánto tiempo estuve pegada a la luna del escaparate ni tampoco cómo entré. Sé que me asusté cuando oí que los almacenes cerraban y las cajas también. Me tropecé con algo que recogí, lo miré y lo saqué afuera: era un bolso precioso. Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo llevarlo a mi casa? Lo escondí en el patio antes de subir. Mi abuela estaba muy

preocupada. Me preguntó que dónde había estado. Le contesté que viendo los juguetes, y que ya se lo diría a mi madre cuando llegara. Nos fuimos a acostar. A la mañana siguiente pude ver mi bolso de día: era precioso, con una tela de flores. Cuando se lo conté a mi hermana nos peleamos por el bolso. No quiero acordarme de la que se lió. Bajó mi madre y tuve que contarle la verdad. Siempre recordaré sus palabras: *que no se te ocurra hacerlo más*. El bolso se quedó colgado en la cocina; servía para guardar el pan.

Los viajes de mi madre a Portugal, 40 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, eran muy pesados para una mujer tan joven y con tres hijos que mantener, ya que iba muy cargada tanto a la ida como al regreso. Su relajación era el barreño de agua caliente que le disponíamos mi hermana y yo para poder lavarse los pies.

Seguí robando hasta conseguirme figuritas de Navidad para armar un nacimiento encima de un comodín que, por cierto, todavía está en casa de mi hija. Y saben lo mejor: que le cantábamos al Niño Jesús. Seguro que me ha perdonado.

Antonia González

Tribunal Supremo y patinadores

La anécdota que se describe a continuación fue vivida y protagonizada por quien suscribe el presente relato.

Empezamos por situarnos en el tiempo y el espacio. Corrían los años 1940 a 1945. El sitio: la calle General Castaño de Madrid y la plaza de la Villa de París, concretamente delante del Tribunal Supremo, que se encuentra a la espalda de la iglesia de Santa Bárbara y forman ambos un conjunto arquitectónico que en su origen fue convento fundado por la portuguesa Bárbara de Braganza, esposa del rey Fernando VI. Ambos se encuentran enterrados en la citada iglesia de Santa Bárbara (con entrada por la plaza de las Salesas) y no en El Escorial, por carecer ella de descendencia y desear ser enterrados juntos.

La calle de General Castaño y la plaza de la Villa de París eran frecuentadas por patinadores habida cuenta de la poca circulación de coches en aquella época. La falta de gasolina hacía que, por ejemplo, los pocos y viejos taxis que existían se movieran con el carbón que alimentaba los célebres gasómetros. Los chicos de la zona (calles Montesquenza, Zurbano, Fortuna, Argensola, etc.) además de disfrutar de los jardines de la plaza de la Villa de París (en donde todavía se pueden contemplar las estatuas de Fernando VI y de Bárbara de Braganza) pasábamos patinando por delante de la puerta del actual, y también entonces, Tribunal Supremo hasta llegar a la escalinata que baja a la calle Marqués de la Ensenada, donde estaba el Liceo Francés (cantera de aguerridos patinadores).

Los patinadores disfrutábamos haciendo *el látigo* (juego consistente en ir cogidos de la mano, formando una larga fila, dirigidos por el cabeza que, en un momento dado, paraba

y hacía girar al resto del grupo) que se iniciaba en la calle General Castaño, esquina a la calle Génova (en dicha esquina hay actualmente una sucursal del Banco Popular; entonces estaba allí el cine Génova, luego cambió de nombre por cine Príncipe Alfonso) y terminaba en la escalinata que da acceso a la calle Marqués de la Ensenada. Por supuesto que el tirón que daba la cabeza del *látigo* en la curva de la calle con la plaza de la Villa de París hacía que los patinadores llegásemos al final del recorrido (escalinata citada) sin tener que impulsarnos y pasando como cohetes por delante de la puerta del Tribunal Supremo.

Sucedió cierto día que coincidió la salida de una alta personalidad del Tribunal Supremo (persona de barba canosa y torpe caminar) para tomar el coche, cuya puerta abierta sostenía su chofer, con el *látigo* de patinadores que se llevó por delante al citado personaje, que lo pasaría bastante mal al ir, lógicamente, sin patines.

Las consecuencias no se hicieron esperar: queja el Ayuntamiento por parte del Tribunal Supremo y correspondiente despliegue de numerosos guardias municipales que nos quitaban los patines y multaban a los padres. Los guardias lo tenían *crudo*, ya que corríamos con los patines más que ellos a pie y el problema no se solucionaba. Es cierto que teníamos el *skating* del Retiro (terrazza de la actual Casa de Vacas) pero estaba lejos y, además, costaba dinero.

Así que un tanto recalcitrantes los patinadores seguimos patinando y *toreando* a los municipales, que incluso llegaron a acudir de paisano mezclándose con las niñeras, sentados en los bancos para, en un momento propicio y a golpe de silbato, atraparnos.

El que suscribe, en cierta ocasión, con los patines puestos, se jugó el pellejo cruzando la calle Génova (que entonces tenía cierto peligro pues la recorrían diversas líneas de tranvía) para huir hacia el domicilio paterno en la calle Montesquiza.

Desde entonces, el escenario de patinaje fueron los Nuevos Ministerios, calzada asfaltada delante de los Nuevos Ministerios desde la actual plaza de San Juan de la Cruz hasta la calle Raimundo Fernández Villaverde, que por entonces era puro campo.

En este lugar también hacíamos el *látigo*, pero agarrada la cabeza del mismo al sillín de una bicicleta. También hay aquí materia para otro artículo que queda (si Dios me da vida) para el número 100 de esta colección de cuadernos.

Rafael Monge

Ayer...

Cerca de los Arribes del Duero, donde Unamuno solía pasear en los atardeceres para contemplar la puesta de sol, vine al mundo un mes de mayo.

A esta villa, llamada Fermoselle (Fermosa ella), iba doña Urraca de Castilla a pasar los veranos; a las niñas nos gustaba jugar entre las ruinas del castillo. Se decía que en tiempos existió un pasadizo subterráneo para pasar bajo el río a Portugal.

Al río Duero, que sirve de límite entre España y Portugal, se une el Tormes a la distancia de dos kilómetros en dirección a Salamanca. A las personas mayores les gustaba ir paseando para ver *las dos aguas*, como llamaban a la unión de los dos ríos.

Pasé felizmente mi infancia en esta villa, donde existe un microclima que permite el cultivo de la vid, el olivo, frutales, naranjas, granadas y almendros, cuyas flores en primavera ofrecen un espectáculo maravilloso semejante a un mar de plata ligeramente rosado.

¡Qué distinto el clima donde empecé a ejercer mi profesión, el magisterio!

Mi primer destino, la escuela número 1 de un pueblo de León. Había cuatro maestros, dos de niños y dos de niñas, además de una de párvulos. Las escuelas estaban situadas a la entrada del pueblo, un gran edificio con un pequeño jardín donde salían los chicos al recreo. Las aulas eran amplias, los techos muy altos. Cuatro ventanales con algún cristal roto por donde entraba mucha luz y el gélido aire en invierno. No teníamos ni una triste estufa para calentar el ambiente. En mi clase había 52 niñas matriculadas, de 10 a 14 años, con gran ilusión para superar sus conocimientos.

En otoño, una temporada perfecta, hacíamos alguna excursión al campo desarrollando algún tema relacionado con los productos que se cultivaban allí: la huerta, la remolacha azucarera...

Alguna vez llegamos al río Esla, que pasaba a unos quinientos metros del pueblo, aprovechando la ocasión para medir la anchura del río sin pasar al otro lado o medir la altura de un árbol.

El invierno era muy distinto. Se usaban las almadreñas, que yo no conocía, para salir a la calle con los pies calentitos aunque hubiese nieve. En el año 1946 el invierno fue muy riguroso; un día amaneció nevando, el viento que venía del Teleno nos impedía caminar normalmente; cuando por fin llegamos a la escuela, le permito a las alumnas que entren con las almadreñas para que no se les enfríen los pies, yo tampoco me las quito; miré el termómetro: 3º bajo cero; sigue nevando, no podemos salir al patio para hacer gimnasia y movernos para no congelarnos, hasta las palabras se hielan. Las manos, ateridas; no

podíamos ni pasar las hojas de un libro ni coger la tiza para dibujar o escribir algo en la pizarra. ¿Qué hacer?

Llamaron a la puerta: un niño que el compañero envía para que nos pongamos de acuerdo y suspendamos las clases. ¿Cómo no? Veremos si mañana amanece mejor.

¡Qué diferencia entre aquel año de 1946 y el 2007! Hoy los colegios están dotados de todo lo necesario para que los niños se encuentren tan a gusto como si estuviesen en su casa.

Estela Gómez

Recuerdos de mi barrio

Paseo por el Madrid de los años cuarenta, el de mi infancia, calle de Don Pedro, Las Vistillas, el Viaducto.

Necesitaba pisar de nuevo estas viejas calles, ver los enmohecidos tejados de mi barrio, repasar mis portales. Aquí nací y viví mis años de adolescente, mis juegos de niña en las Vistillas, donde tantas veces he saltado a la cuerda, jugado al escondite o al *tu la llevas*.

Mi colegio: me paro a mirar el gran patio a través de la reja. ¡Cuántas horas de recreo aquí pasadas! Y me lleno los ojos con el espeso verdor de las yerbas ascendiendo por los muros.

Me veo de niña, cogiendo las hojas de morera para llevar a mis gusanos de seda metidos en la caja de zapatos ¡el gran moral, majestuoso y maternal, que nos cobijaba a todas con su sombra, ya no existe!

Noches de verano en la plaza de Oriente, donde mis padres me premiaban, a veces, montándome en el carrito tirado por un pequeño burro; él y su viejo dueño hacían el recorrido una y otra vez como autómatas. Yo era feliz.

Hago un intento desesperado por recobrar esas sensaciones maravillosas –cierro los ojos- y mi voluntad vuela hacia el Madrid de mis fantasmas. Entro en mi portal, percibo los olores de puchero en la vieja escalera, oigo el llanto de mi vecinito que se disputa con el gallo el derecho a despertarnos. Vuelvo a vivir aquellas entrañables navidades cuando, después de cenar, nos reuníamos con los vecinos para cantar villancicos y, los mayores, tomar una copita. Compartimos todo, fiestas y duelos, hasta las primeras radios eran compartidas. Con que alegría espero el mes de agosto. Es el mes de las verbenas (nuestro parque de atracciones): San Lorenzo, San Cayetano, pero sobre todo la mía: La Paloma. Se adornan los patios de las casas con farolillos, guirnaldas, mantones, y hay un gran barreño de limonada para vecinos y visitantes. Y competición y premios. Música en las

calles, las tabernas y bares ponen altavoces en sus puertas y la música estridente invita al baile, se enlazan las parejas.

Los farolillos en la noche me hacen guiños de colores. Ya me atraen menos los caballitos y barcas, experimento algo nuevo que no conocía, un sentimiento que acaricia deliciosamente mi corazón. Abro los ojos; no he visto morir las luces de la tarde ¡cuanta ilusión perdida en el vacío!

Ahora paseo por la plazuela de San Andrés. El paisaje ha cambiado, proliferan los restaurantes, ya no hay niñas jugando en la calle ni a la comba ni al *tú la llevas*. El variado paisaje multirracial, ésta Babel que no entiendo, me hace ver lo lejanos que han quedado mis recuerdos de fiestas vecinales compartidas, mis verbenas de sainete, mis primeras emociones sentimentales. ¡Han pasado tantos años!

Entretanto mi Madrid se ha hecho mayor, amplio, próspero y fuerte. Miro mi viejo cuerpo cansado.

Mientras pueda aquí vendré, viejo Madrid de mi alma, a respirar mis olores y recordar sin nostalgia.

María del Carmen de la Calle

¡Esos recuerdos ya lejanos!

Al final de los años cuarenta, cuando me casé, nos vinimos a Madrid. La vida, transcurridos diez años tras la Guerra Civil, era difícil, más en la capital que en una provincia pequeña como de donde yo venía. Había escasez de alimentos y molestas restricciones de luz. El famoso racionamiento seguía vigente. El aceite de oliva era un lujo y se sustituía por el de soja, cuyo desagradable olor recuerdo con espanto pues se esparcía por toda la casa. Los productos al margen del racionamiento sólo se encontraban de estraperlo, que era la venta ilegal de artículos alimenticios a precios astronómicos y que solía hacerse alrededor de los mercados.

Los precios de las casas empezaron a subir por los años cincuenta y fue por entonces, precisamente, cuando nos echaron de la que habitábamos. Se casaba la hija de la dueña y los expulsados fuimos nosotros, que teníamos seis hijos, mientras que otros inquilinos, sin hijos, pero que eran funcionarios públicos, se quedaron. Y eso a pesar de la cacareada protección a las familias numerosas... Al final, tuvimos la gran suerte de encontrar una vivienda de protección oficial (creo que entonces había más que ahora) pues los alquileres empezaban a ser inasequibles. Allí, en la calle Alberto Aguilera, vimos crecer felizmente a nuestros hijos al tiempo que alcanzábamos la madurez.

Como mi deseo de aprender fue siempre muy grande (y sigue siéndolo), cuando mis hijos se hicieron mayores aproveché cuantas oportunidades se me ofrecieron para ello. Primero, a la estupenda Escuela Oficial de Idiomas para perfeccionar mi francés (entonces el inglés no era imprescindible), y después, y ahí fue donde me encontré verdaderamente realizada durante cuatro años, a unos cursos de Humanidades Contemporáneas que estaban especialmente dirigidos a personas mayores y que impartía el estupendo profesor don José de Salas en la Universidad Autónoma. Para pasmo de todos los alumnos, en el segundo curso se incorporó la princesa Sofía: había llegado hasta los oídos de los príncipes el interés de las materias que allí se impartían. La verdad es que ya en el primer año nos había hablado el profesor de la posibilidad de que la princesa asistiera en el próximo curso pero a todos nos había parecido un pequeño farol... Sin embargo, al año siguiente y ante el asombro general, nuestra futura reina se incorporó a las clases como una alumna más, con la sencillez que siempre la ha caracterizado. Eran los años de la transición y aún recuerdo perfectamente las tertulias al final de las clases en las que se hablaba de partidos y candidatos en las que tomaba parte, como una alumna más, nuestra encantadora futura reina. Cuando en ello se convirtió todos pensamos que perderíamos su agradable presencia, aunque nos había prometido que haría todo lo posible por volver, pasados los primeros y obligados días de ausencia. Y así fue. Un día, sin previo aviso, volvió a aparecer en clase y nos dijo, emocionada, lo contenta que estaba de encontrarse de nuevo entre nosotros. Jamás su presencia interfirió el ritmo de las clases: se sentaba al lado de cualquiera y hablaba con todos. Siguió los cursos hasta el final y creo que a ella, como a tantos otros de la clase, la rejuvenecieron y llenaron de ilusión y entusiasmo.

María del Rosario Díez del Corral

Tienes que estar muy orgulloso del padre que has tenido

Yo nací después de la guerra civil en los denominados años del hambre, concretamente en el año 1942. Aunque mis padres vivían en Madrid, yo vi las primeras luces en la capital de Málaga, que era donde residía mi abuela materna y de donde era, en su totalidad, la familia de mi madre.

Mis primeros recuerdos tienen que ver con mi inadaptación a los primeros días de mi asistencia al colegio a los cuatro años de edad.

Mi padre que era agnóstico, al contrario que mi madre que era católica ferviente, nunca se opuso a que mi madre nos criara en su fe, pero en lo que respecta a nuestra educación no consintió que no fuese laica, así que empecé a ir a un colegio público donde ya estudiaba mi hermana.

Al apuntarme, mi padre comunicó a la directora que yo sabía las cuatro reglas (sumar, restar, multiplicar y dividir) y que me defendía bastante bien en la lectura y en la escritura

pues mi madre se había dado cuenta de mi inclinación a interesarme por lo que hacía mi hermana cuando hacía los deberes en casa y me había enseñado todos esos conocimientos. Después de hacerme un pequeño examen me ubicaron en la clase de los mayores. Entonces no comprendía muy bien que no fuera admitido por los demás discípulos y pasase a formar parte de sus burlas, mofas y algún que otro enfrentamiento físico, en el cual lógicamente llevaba la peor parte.

Ante estas circunstancias mi padre se quejó a la directora y ésta decidió pasarme a la clase de los párvulos, lo cual fue peor, si aún cabe, debido al aburrimento que me suponía el estar sentado todas las horas lectivas sin llegar a aprender nada nuevo. El aburrimento llegó a ser tan fuerte que mi padre no espero a que finalizara el curso y nos cambió a mi hermana y a mí a un colegio privado.

No lo puedo precisar con exactitud, pero estaría entre los 4 y los 5 años cuando sufrí de unos graves dolores en las extremidades inferiores. Tan fuertes fueron que el médico de cabecera y el especialista que me examinó creían que, por el desarrollo de altura que estaba sufriendo, podían degenerar en una anomalía ósea y optaron por escayolarme las dos piernas, desde las ingles hasta los pies. Tampoco recuerdo cuanto tiempo estuve escayolado, lo que si sé es que cuando me quitaron las escayolas prácticamente no podía andar. Otra vez fue mi padre el que tuvo la decisión de que me las quitaran bajo su responsabilidad, tras un fuerte enfrentamiento con los médicos, y de esa manera pude pasar las Navidades normalmente pues me las quitaron a principios del mes de diciembre.

Y aunque dicen que la mayoría de los chicos sienten una querencia mayor hacia las madres, en mi caso era todo lo contrario: mi ídolo era mi padre, con el cual me sentía enormemente identificado. Cuando más disfrutaba eran los domingos, debido a que la mayoría de ellos salíamos todas las mañanas él y yo. Muchísimos domingos nos íbamos al Retiro. Frente al campo de fútbol había dos casetas grandes, circulares, con un tejado cónico de paja, en las cuales alquilaban triciclos y bicicletas; allí aprendí yo a montar en bicicleta a muy temprana edad. También íbamos los domingos por la tarde al estadio Chamartín a ver jugar al Real Madrid. Aunque mi padre era hombre de pocas palabras, eso no me importaba en absoluto, lo mismo que no me importaba lo severo que a veces fue conmigo, incluso varias veces con castigos físicos. Hoy comprendo que fueron merecidos, por lo travieso y enormemente malo que era yo en aquella época.

Para mí vinieron a continuación años muy felices a pesar del hambre por el racionamiento. Recuerdo las cartillas para el pescado y para el tabaco a las que, como eran de papel muy malo, mi padre hizo en el taller dónde trabajaba unas tapas de ebonita que se cerraban mediante unas cintas. Lo mejor eran las vacaciones veraniegas en Málaga en casa de mi abuela y la asistencia diaria a la playa, durante todas las vacaciones. En aquella época mis compañeros de clase no solían ir de vacaciones.

Curiosamente, muchísimos años después, la UMER me retrotrajo a mi infancia. Durante el curso 2005-2006, en la actividad extralectiva “paseo por el barrio de Salamanca”, hablando con otro asociado descubrimos que habíamos ido al mismo Colegio Grajales del barrio de las Delicias y, aunque no estuvimos en el mismo curso, a los dos nos unían los gratos recuerdos de nuestra estancia en él y el cariño a nuestro director.

Y aún más, durante el curso 2006-2007, hablando con su cuñado, también socio de la UMER, descubrí que había trabajado con mi padre en la misma empresa y formado parte de su equipo. Fue uno de los días más felices de mi vida -todavía al recordarlo me emociono-, me dijo literalmente: *Puedes estar muy orgulloso del padre que has tenido.*

Al indagar a que se debía esa afirmación, me contó que entre los muchos buenos recuerdos que de él guardaba como persona sobresalía uno y era que el equipo estaba formado por otro compañero, mi padre y él. Los tres trabajaban frecuentemente a destajo y, aunque la prima que cobraban era diferente según la categoría laboral de cada uno de ellos, mi padre, que como jefe del equipo tenía la más alta, les obligaba a hacer un bote común y repartirla entre los tres a partes iguales.

Cuando mi padre tuvo un accidente laboral que estuvo a punto de dejarle ciego debido a ciertas complicaciones que no merece la pena ser contadas aquí, y tuvieron que extirparle un ojo sus dos compañeros de equipo y fieles amigos iban casi todas las semanas a verle durante la convalecencia.

El accidente de mi padre me obligo a dejar momentáneamente los estudios y tener que ponerme a los 14 años a trabajar. Pero bueno, eso, ya es otra historia.

Enrique Ortiz

La marquesina y la marquesona

Anécdota oída y vivida por el abajo firmante en sus tiempos de juventud en Madrid-capital alrededor de 1950-51.

En la Red de San Luís, en el lugar donde se juntan las calles de Montera y Caballero de Gracia con la Gran Vía en el centro de Madrid, había en aquella época una marquesina que albergaba el ascensor de la estación de José Antonio (primero fue Red de San Luís y ahora Gran Vía) de la línea 1 del Metro desde su fundación en octubre de 1919. La marquesina había sido diseñada por el gran arquitecto Antonio Palacios, autor del edificio de Correos y Telégrafos en la plaza de la Cibeles, así como otros edificios emblemáticos de la capital. A título de curiosidad, la marquesina fue trasladada años más tarde, en 1972, a la localidad de Porriño (Pontevedra), ciudad natal del autor, por mor de la circulación y tránsito de vehículos que bajaban por la calle de Fuencarral y subían por la de Hortaleza. A propósito del ascensor comentaré que era el único de toda la red y que estaba allí insta-

lado por ser la estación más profunda del Metro. En esos años se pagaban cinco céntimos de peseta por ascender a la superficie, no por bajar a los andenes, a los que se podía acceder gratuitamente por ascensor o por las escaleras que giraban en torno al ascensor.

Junto a la marquesina estaban situadas las paradas de varias líneas de autobuses urbanos de la Empresa Municipal de Transportes (EMT), entre ellas, la línea 3, que hacía el recorrido Red de San Luís-Cuatro Caminos utilizando autobuses de dos pisos (al estilo londinense). Los jóvenes preferíamos subir a la parte superior para ver el panorama desde las alturas mientras que los de más edad se situaban, por comodidad, en la parte baja.

Érase un día de principios de verano que, como saben todos los madrileños y los forasteros que visitan la ciudad en esas fechas, suelen ser bastante calurosos y se pasa de cambiar abruptamente la ropa de invierno por otra más liviana o veraniega.

Entre los que esperábamos a tomar el autobús se hallaba una señora de mediana edad, bien parecida, de tez rubia y, al parecer, de espíritu lisonjero y jacarandoso, que no cesaba de abanicarse. Iba bien vestida y perfumada; lucía un escote muy prominente y generoso para aquella época o, al menos, así me pareció, quizás por el fuerte calor del día de marras.

Llegó el autobús y fuimos subiendo ordenadamente. Estos vehículos llevaban en la parte delantera, junto al conductor, unos asientos laterales de tres plazas a derecha e izquierda y allí nos acomodamos la citada señora y yo. Pronto se llenó el autobús y un pasajero que iba de pié, sujeto a la barra, comenzó a mirar con mucho desparpajo el magnífico escote de la señora que, al ir sentada, lucía aún más, mientras ella seguía abanicándose.

Al cabo de varias paradas, mientras yo dividía mi atención entre una novela del Oeste (una de las cosas que más nos entretenían) y la peculiar conducta del caballero asido a la barra, éste no quitaba ojo al pecho de la señora hasta el punto de que casi inclinaba su cabeza hasta rozar su cara.

De repente, la señora dejó de abanicarse, cerró el abanico y con el borde tocó el brazo libre del mirón y le dijo en voz alta: *Oiga, señor, si encuentra usted tres le regalo una.*

Augusto López

La torre de mi pueblo

Aunque llevo mucho años en Madrid, quiero relatar un hecho de mi infancia, en un pueblo de León, que me impactó profundamente.

Debió ser a mediados de los cincuenta. No recuerdo el año exactamente. Era una mañana luminosa de abril, con un sol amarillo casi recién salido. Yo dormía en casa de unos tíos, al lado de la iglesia, porque mi tía estaba enferma, y les ayudaba en los recados. Oí hablar alto a varias personas mayores y ruidos de herramientas. Iban a tirar la torre de la iglesia. Ya se había comentado en fechas anteriores.

¿Por qué? Porque, según decían algunos, podía caerse y era un peligro para quienes pasaban por allí o para los chiquillos que jugábamos en su entorno.

Comenzó la faena. Picos, palas, barras de hierro, carros para llevarse la tierra... No era fácil. Parecía que iba a caerse pero la tierra estaba prieta y firme, el tapial resquebrajado estaba más duro de lo que aparentaba. Pero, tomada la decisión e iniciada la faena, había que continuar. Golpes secos, ruidos de desplomes, palancas forzadas por varias personas. Todo se iba sucediendo de forma ordenada. Un día, varios días, hasta que la torre quedó demolida. La iglesia sin torre quedaba rara, le faltaba algo importante. Tuvo que pasar tiempo hasta que nos acostumbramos.

En su lugar apareció un hueco y una especie de espadaña en la que se colgaron las campanas. En el espacio vacío, un grupo de mujeres, entre ellas mi tía, se sentaban al sol durante la tarde mientras cosían o tejían.

De esa manera fue como mi pueblo se quedó sin torre, y algunos con la duda de que se hubiese caído.

Fidel Revilla

Dilema

Cumplía el servicio militar en el Regimiento de Transmisiones de El Pardo cuando en noviembre de 1957 trasladaron mi compañía a El Aaiun, en lo que se llamaba entonces África Occidental Española. Las autoridades militares temían que se recrudecieran los ataques del llamado Ejército de Liberación saharauí, en realidad saharauis reclutados y dirigidos por militares marroquíes.

A poco de llegar, la noche del 25 al 26, una banda rebelde de unos 100 hombres atacó la playa de El Aaiun, a unos 25 kilómetros de distancia. Desde el oasis se observaban los destellos de las ráfagas y las luces que se movían en dirección a El Aaiun. Nos mandaron desplegar, con los mosquetones cargados y la bayoneta calada, en las dunas cercanas.

Mientras estaba allí tendido en la arena, en la quietud del desierto, en el silencio de la noche, con miedo pero sin peligro inmediato, pensé que preferiría morir de un tiro antes de causar la muerte a otro desgraciado del bando contrario que, al menos, luchaba por la independencia de su tierra.

Afortunadamente, los rebeldes, que posiblemente no sabían de la llegada reciente de refuerzos de la Legión y esperaban encontrar el oasis desguarnecido, se retiraron sin acercarse a El Aaiun.

Siempre me ha quedado la duda sobre cómo hubiera reaccionado puesto en la disyuntiva de disparar a matar.

Francisco Acebes

Visión inquietante

A principios de abril de 1974 viajamos por carretera camino de España desde Rawalpindi (Pakistán) donde estaba destinado mi marido. Entramos en Afganistán por el histórico paso de Khyber, contemplamos con tristeza los macilentos *hippies* que habían llegado a Kabul buscando droga barata y, tras cruzar el temido Afganistán y casi todo Irán, llegamos a Tabriz (Irán) -en la ruta de Rui de Clavijo en su misión a Samarcanda-.

Dejamos Tabriz temprano porque la frontera irano-turca de Barzagan cerraba a las dos de la tarde y quedaba a unos 250 kms. Además, queríamos aprovechar el fresco de la mañana y evitar el fuerte calor de la tarde.

A media mañana, a bastante distancia de la frontera, vimos una gran masa triangular brillante que parecía flotar en el espacio. Todos nos quedamos atónitos. La visión se mantuvo fija durante bastante tiempo mientras nuestra preocupación por aquel fenómeno crecía.

Nuestras hijas, de 12, 10 y 7 años, aseguraban que era un platillo volante. Nosotros, preocupados, no sabíamos qué pensar. Aquella masa brillante se mantenía delante de nosotros.

Finalmente, caímos en la cuenta de que era el cono de la parte superior de los 5.165 metros de altura del monte Ararat que, cubierto de nieve, resplandecía al sol, mientras que el resto del monte quedaba oculto por la intensa calina matinal.

Carmen Cano

Un 15 de mayo

Estamos en Madrid y es la festividad de San Isidro. A mediodía han enterrado a Jesús Gil, que fue presidente y dueño del Atlético de Madrid, y alcalde de Marbella durante más de once años.

Hemos comido en casa mi mujer, mi hija Elena, mi nieto Juan Pedro y yo. Después de comer, Juan Pedro se ha puesto a ver los dibujos animados en la tele. Los tres mayores, dos o tres partidas de rabelo a las cartas. Ganancias o pérdidas: unos céntimos.

Mi nieto me dice que quiere bajar al parque a jugar. Nos preparamos para salir y, cuando estamos en el portal, me encuentro con la sorpresa de que ha llegado Loli, que viene de Zaragoza, con destino a Lanzarote, en compañía de una amiga. Han venido en coche y, como la amiga tiene familia en este mismo barrio, dejarán aquí el coche hasta que vuelvan de Lanzarote. Suben a mi casa a ver a mi familia.

Juan Pedro y yo pasamos al parque que está justo enfrente. Miro los bancos de madera que están libres y me doy cuenta de que en uno de ellos hay un libro. Como a estas horas en el parque no hay más que una señora, de raza negra, le pregunto si es suyo lo que me parece un libro. No me entiende. Me acerco al banco donde está sentada, le presento el libro y veo que es una agenda del año 2002 y que no tiene nada escrito. Se lo enseño a la señora y me hace señas de que no es de ella. Un niño, también de raza negra, por lo que deduzco que es su hijo, se acerca donde Juan Pedro juega y le coge la pala de plástico con la que está haciendo un camino en la arena. La señora, que se había estirado en el banco, le da unos gritos que hacen que el pequeño suelte la pala y se aleje corriendo por la hierba del parque. Le digo a mi nieto que corra detrás de él y le pregunto si quiere jugar. Al ver que le sigue, el negrito se para y les veo hablar entre ellos. Me supongo que ninguno de los dos entiende al otro, pero ya juegan juntos, se deslizan por el tobogán y se columpian juntos. Juan Pedro es más torpe que Willy, que así le llama su mamá, a la que se ve muy complacida.

Se me ocurre ponerme a escribir esto en la agenda para luego leérselo a mi nieto. Cuando estoy distraído escribiendo veo que mi hija Mariví se ha acercado al parque. Viene en compañía de María Jesús, una amiga suya de la infancia que vivía cerca de nosotros en el barrio de Lacota. Trae a su hija Marta, dos años mayor que mi nieto. Mariví y María Jesús suben a mi casa y la niña se queda en el parque. Juega con mi nieto y su ya amigo Willy y, aunque siguen sin entenderse verbalmente, se les nota que lo pasan muy bien.

Pasada más de media hora les indico que hay que subir a casa, que sus madres y abuela estarán esperándoles. Se enfadan un poco. Willy pone cara de tristeza y yo les doy media hora más para que sigan sus juegos.

Puede que Willy haya encontrado otros amigos con quien jugar. Me imagino que aprendió rápidamente a hablar español y va al colegio. Lo cierto es que Juan Pedro y Marta, una vez en casa, tomaron la merienda y no volvieron a mencionar el parque en toda la tarde pues lo pasaron jugando y haciendo travesuras.

Elena y Loli su fueron a la calle, tal vez a La Vaguada a disfrutar de una conversación entre dos primas de la misma edad que hacía algún tiempo que no se veían. Lo mismo debió pasar entre Mariví y María Jesús que, aunque no eran primas eran amigas íntimas

Leopoldo Cerezo

¡Cuánto más damos más tenemos!

Soy una rica heredera; una riquísima heredera. Mis padres me dejaron caudales extraordinarios. Me dejaron a raudales amor, ilusión, respeto y muchas otras cosas que, por ser tantas, ni recuerdo. No me dejaron dinero, tampoco lo tenían ellos y, además, sabían que soy una pésima administradora, condición que se lleva mal con los dineros. Sin embargo, de las otras cosas cuanto más gasto más tengo.

Viajo todo lo que puedo. En cuanto reúno unos cuantos eurillos allá voy a conocer personas y cosas nuevas. Quizás por haber practicado el montañismo me sirven todos los alojamientos, todos los medios. En todas partes encuentro personas maravillosas a las que creo entender. Como soy negada para los idiomas procuro ir sonriendo y casi siempre consigo lo que necesito. No dudo que esto ocurre por la buena voluntad de las personas a las que me dirijo. Ya digo que me encuentro cómoda con todas.

No hago distinciones entre la *grasa* y la *tinta*, aunque es una frasecita que detesto pues creo que toda la gente está por encima de eso. Quizás con la *grasa* me siento más tranquila, debe de ser a las que pertenezco; la *tinta* me ha causado alguna que otra decepción, quizás porque, por su color oscuro, se cuelen algunos individuos chapapote, infectos y asfixiantes catastrofistas ellos, tratando de imponerse por el miedo. Ahora que ya no existe el limbo, y puede que estén a punto de negar la existencia de purgatorio e infierno, nos asustan con el clima.

No dudo en hacer por mi parte todo lo que puedo para no contaminar y animo a los demás a que hagan lo mismo. Tengo confianza en la capacidad individual de adaptación. Me han dicho que en la sierra de Guadarrama, concretamente en la zona del refugio Zabala, unos científicos llevaron hace unos cien años una pareja de ratas de Madrid para ver si eran capaces de sobrevivir en ese clima. Al parecer, estos animalitos sufrieron en menos de cincuenta años una transformación en su sistema respiratorio que les permite vivir allí sin problemas. Cualquiera puede ir a comprobarlo pues no son nada tímidos ni asustadizos. ¿Seremos los humanos, reyes de la creación, menos capaces que las ratas?

De manera casual, como casi todo en la vida, conocí la UMER y, naturalmente, me colé dentro en cuanto pude. Cada día me siento más feliz por este encuentro. Aquí vengo todos los lunes que me es posible a por mi ración de conocimientos nuevos, de sentido común, de trato agradable, de amistad, y de todo aquello que, siendo tan necesario, no se encuentra en otras partes. Nosotros tenemos la suerte de saber que esos son los alimentos imprescindibles para sobrevivir en todos los tiempos.

Doy a todos las gracias y mis mejores deseos. Os los doy a manos llenas pues ya sabeis que ¡cuanto más damos, más tenemos!

Rosa Fernández

Recordando a Palmira

Un día de otoño de 1993 mi buena amiga Victoria Gómez me invitó a participar en una reunión para debatir su proyecto: dos señoras mayores de 70 años, antiguas exiliadas y ex-docentes pretendían fundar una universidad de mayores. Yo pensé que era una utopía.

En aquella primera reunión (y última para mí) nos juntamos en la cafetería del Ateneo Palmira, Victoria, José María Alameda (ellos tres serían luego socios fundadores de la UMER) y yo. Pasado un rato se incorporó Francisco Arnaiz Amigo (hermano de Palmira), acendrado senderista y tan escéptico como yo de que la idea pudiera llegar a materializarse.

La conversación de Palmira, la fuerza de sus opiniones, su voluntad de poner sus experiencias y conocimientos al servicio de los mayores resultaban fascinantes, aunque no lograron sacarme de mi escepticismo. Apoyada por Victoria, siempre en un discreto segundo plano, visualizaba los apoyos a buscar en el mundo académico, las tareas por cumplir, los cursos a dictar. Todo le parecía factible: llegarían los apoyos, se cumplirían las tareas y se dictarían los cursos a pesar de una total carencia de recursos. Su verbo fluido, su fino humor, sus ojos chispeantes y su sonrisa cómplice se encargarían de que así fuera. Y así fue.

Unos meses más tarde asistí a una de las primeras conferencias-coloquio que se celebró en la sala número 2 del IMSERSO. La pronunciaba José Luís Sampedro y versaba sobre su reciente libro *El río que nos lleva*. Conferenciantes y asistentes compartían una larga mesa de madera; otros la escuchamos de pié. La UMER había echado a andar. Aquello que me pareció increíble, la ilusión de Palmira y Victoria, la utopía, se había cumplido.

En 2001 me incorporé a la UMER como asociado y pude disfrutar de las intervenciones de Palmira, su simpatía con los conferenciantes, su fantástico manejo de los coloquios, sus oportunas intervenciones y hasta de sus canciones vascas en alguna comida

de Navidad. También de los recuerdos del exilio, de su estancia en Rumania (creo que la consideraba su segunda patria) y en la antigua Unión Soviética, de su militancia en el exilio y de su difícil regreso a España.

Después llegaron los inevitables problemas físicos, su residencia fuera de Madrid, sus dificultades para asistir a las reuniones. En 2005, con 89 años, tras trece años de ejercicio, se vio obligada a abandonar la presidencia de la UMER.

Te recordamos y te queremos, Palmira.

Francisco Acebes

Han colaborado en este Cuaderno los siguientes asociados:

	Página
Victoria Gómez. <i>El bello Danubio azul</i>	6
Leopoldo Cerezo. <i>La tía Urbana</i>	8
María del Pilar Fuentes. <i>Mirando al mar</i>	8
María Aguado. <i>Rosales en la memoria</i>	9
Francisco Soler. <i>Infancia en guerra</i>	11
Francisca Meroño. <i>Educación en la posguerra</i>	12
Felicitas de las Heras. <i>La inauguración</i>	14
Pilar Ortega. <i>Penurias de la posguerra</i>	15
Manuela Gómez. <i>La BH</i>	16
Felicitas de las Heras. <i>La bolsa de hule</i>	16
Antonia González. <i>Escasez y tristeza</i>	17
Rafael Monge. <i>Tribunal Supremo y patinadores</i>	18
Estela Gómez. <i>Ayer...</i>	20
María del Carmen de la Calle <i>Recuerdos de mi barrio</i>	21
María del Rosario Díez del Corral. <i>¡Esos recuerdos ya tan lejanos!</i>	22
Enrique Ortiz. <i>Puedes estar muy orgulloso del padre que has tenido</i>	23
Augusto López. <i>La marquesina y la marquesona</i>	25
Fidel Revilla. <i>La torre de mi pueblo</i>	27
Francisco Acebes. <i>Dilema</i>	27
Carmen Cano. <i>Visión inquietante</i>	28
Leopoldo Cerezo. <i>Un 15 de mayo</i>	29
Rosa Fernández. <i>¡Cuánto más damos más tenemos!</i>	30
Francisco Acebes. <i>Recordando a Palmira</i>	31

CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nº 1: "Hablar y Callar". Pedro Laín Entralgo
- Nº 2: "Historia de la Biología Molecular en España". Margarita Salas
- Nº 3: "Envejecimiento". Alberto Portera Sánchez
- Nº 4: "Los Mayores: cómo son". Enrique Miret Magdalena
- Nº 5: "Reflexión cristiana sobre la ancianidad". José María Díez Alegría
- Nº 6: "Los médicos y las humanidades: Maraión ante la Historia". Mariano Turiel de Castro
- Nº 7: "Guernica". José Veguillas Larios
- Nº 8: "Vicisitudes dramáticas de "El Abuelo". M^a de los Ángeles Rodríguez
- Nº 9: "Curso monográfico: cuatricentenario de Velázquez". Carmen Díaz Margarit.
Carmen Pérez de las Heras. Alberto Portera
- Nº 10: "Contenido mental, salud y destino". Víctor López García
- Nº 11: "Aula para Mayores, Universidad de Granad". Miguel Guirao
- Nº 12: "Los programas universitarios para personas mayores en España". Norberto Fdez. Muñoz
- Nº 13: "Rumanía: un país de raíces latinas". nés P. Arnaiz Amigo
- S/N : Memoria de la "UMER", Universidad de Mayores Experiencia Recíproca, 1994-1999
- Nº 14 bis: "Historia y memoria de los niños de la guerra (en el siglo XX)". Alicia Alted Vigil
- Nº 15: "Aspectos Históricos y Literarios de la Gran Vía". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 16: "Las cooperativas y las personas mayores". Rafael Monge Simón
- Nº 17: "Los Mayores y la solidaridad". Padre Ángel García Ramírez
- Nº 18: "Mujeres españolas del siglo XX. María Zambrano". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 19: "Mujeres españolas del siglo XX. María Moliner". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 20: "Los fines de la educación". Aurora Ruiz González
- Nº 21: "1999: Año Internacional de los Mayores". Norberto Fernández Muñoz
- Nº 22: "Poesías". Felicitas de las Heras Redondo
- Nº 23: "Consentimiento informado". Manuel Taboada Taboada
- Nº 24: "Aproximación a Edgar Neville y su cine". M^a de los Ángeles Rodríguez Sánchez
- Nº 25: "Xavier Mina: un liberal español en la independencia de México". Manuel Ortuño Martínez
- Nº 26: "La verbena de la Paloma. La modernidad de su libreto". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 27: "Breve ronda de Madrid". María Aguado Garay
- Nº 28: "Una televisión "de" y "para" los mayores. ¿Otra utopía posible?". Agustín García Matilla
- Nº 29: "A mis 90 años: Por un optimismo razonable". Enrique Miret Magdalena
- Nº 30: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca "UMER" de 1999 a 2004"

CUADERNOS DE U.M.E.R. (continuación)

- Nº 31: "Larra entrelíneas; los diarios ocultos". María Pilar García Pinacho
- Nº 32: "Recuerdo y desagravio a León Felipe". Mariano Turiel de Castro
- Nº 33: "El origen del hombre". María Almansa Bautista
- Nº 34: "Rosario Acuña: más allá de una estética feminista". Carmen Mejías Bonilla
- Nº 35: "Cervantes, el Quijote y Madrid". Fidel Revilla
- Nº 36: "Contando cuentos...". Enrique de Antonio
- Nº 37: "Cómo mejorar el rendimiento mental con una nutrición adecuada". Víctor López García
- Nº 38: "El Madrid de la Segunda República". Feliciano Páez Camino
- Nº 39: "Posibilidades de futuro de la Biotecnología". Alfredo Liébana Collado
- Nº 40: "Mujeres: del voto femenino a *Nada*". Carmen Mejías Bonilla
- Nº 41: "El Madrid de la posguerra". José Ángel García Ballesteros y Fidel Revilla González
- Nº 42: "Voces de gesta y su esteno en Madrid: Un antihéroe valleinclaniano en escena". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 43: "Novela y Guerra Civil". María Jesús Garrido Calvillo
- Nº 44: "La Constitución republicana de 1931 y el sufragio femenino". Feliciano Páez-Camino
- Nº 45: "Educación y Ciudadanía". Aurora Ruiz González
- Nº 46: "Miguel Mihura y el teatro de su tiempo". Julián Moreiro
- Nº 47: "Actitudes humanas, actitudes sociales". José María Huerta Paredes
- Nº 48: "España, de país de emigrantes a país de inmigrantes". Alicia Alted Vigil
- Nº 49: "Entre los bastidores de la historia del teatro". Juan Carlos Talavera Lapeña
- Nº 50: "No perdimos la esperanza" (Recuerdos desde la UMER)

